ELSA FROST

Una época, unos hombres, una obra*

El siglo XVIII

UNO de los problemas que todo historiador ha de enfrentar es la distancia —a veces enorme— que lo separa de su objeto de estudio. Pero si tal distancia permite en ocasiones una mayor objetividad, en otras desdibuja a tal grado los contornos que los hace irreconocibles. Las formas de vida, las ideas y aun el lenguaje cambian con tanta rapidez, que si a nosotros nos impiden la cabal comprensión de la época estudiada, un hombre que perteneciera a ella y que, por milagro, pudiera asomarse a lo que escribimos, tampoco podría reconocerla y reconocerse sin más. Con frecuencia, el paso de escasos años produce ya un espejismo, pensemos entonces en lo que más de dos siglos pueden hacer. Así, por ejemplo, al enfrentarnos con el Real Colegio de San Ignacio —vulgo Vizcaínas— en el momento de su fundación, encontramos un “colegio” en el que no hay clases propiamente dichas, ni *curriculum* alguno. Un “colegio” poblado por “niñas” que pueden pasar del medio siglo. Un “colegio” que ha sido fundado por “ilustrados” que ponen su obra bajo el patrocinio de un santo conocido precisamente por su obediencia a Roma. Y, en suma, una

* El presente trabajo debería formar parte de un libro colectivo sobre el Colegio de las Vizcaínas, de ahí las referencias a los capítulos que no aparecen aquí. Sin embargo, meses después de haberlo terminado, se me comunicó que por “razones económicas” debería reducirlo a unas cinco cuartillas. Como me pareció imposible tan drástica reducción, preferí publicarlo en forma independiente del proyecto original.

institución “laica” cuya vida en nada se diferencia de las de las monjas más recoletas; esto último, a tal grado, que para el pueblo “las Vizcaínas” ha sido siempre un convento femenino más.

Ante el Real Colegio, pues, se tiene la impresión de estar ante un engaño de los sentidos en el que nada es lo que aparenta ser. Pero si intentamos analizarlo, pronto nos daremos cuenta de que algunos equívocos surgen simplemente del cambio de significado por el que han pasado ciertos vocablos, en tanto que otros provienen no de los documentos mismos de la época, sino de la interpretación que la posteridad ha dado a algunos hechos y del significado que les ha atribuido. En este sentido el caso de las Vizcaínas resulta ejemplar, pues entre su fundación y nosotros se extiende un siglo de luchas intestinas en el que sus ideólogos intentaron cambiar el signo de los hechos y presentar así la imagen histórica que convenía a sus fines.

Esos ideólogos hablan pues de un Siglo de las Luces, de una Ilustración americana, como si lo que fue una realidad en algunas partes de Europa hubiera pasado a las colonias como una pieza de equipaje más. Hacen tabla rasa de las diferencias no ya entre la situación europea y la americana sino entre los pueblos europeos mismos, y ven ilustrados en todos los criollos que en una forma u otra dieron muestras de amor e interés por su tierra, oponiéndose claramente a los oscurantistas y retrógradas peninsulares que habían venido a América sólo para explotarla. La lucha por independizarse de España fue haciendo cada vez más evidente que, al lado de la independencia política, era necesaria una independencia cultural. De ahí el corte radical que propone, entre otros, Lorenzo de Zavala;¹ corte que convierte el pasado novohispano no sólo en algo muerto, sino en algo totalmente ajeno a la nueva nación. Desde este punto de vista, ideas, tradiciones, usos y costumbres de la Nueva España son vistos como un aparato conceptual impuesto por los conquistadores y sin raigambre en la tierra. Por otra parte, las ideas de la Ilustración —en las que se reconoce un claro antecedente del movimiento independentista—

¹ *Memorias de gobierno*, Toluca, Imprenta del Gobierno, 1833, *passim*.

son exaltadas y atribuidas sin más a todo individuo destacado de fines del siglo XVIII. Entonces la caduca tradición española era incapaz —de acuerdo con los severos jueces decimonónicos— de producir un solo fruto más, de aquí que cualquier acción progresista, cualquier establecimiento con miras al bien público tuviera que provenir de la nueva corriente ideológica, en la que se ve el instrumento que ha de traer la prosperidad y la dicha, la cultura y la dignidad a la antigua colonia.

De acuerdo con esta visión —que Picón Salas llama “melodramática”—,² de pronto, a fines del siglo XVIII surgió un grupo de hombres brillantes que decidieron romper con todo y, arriesgando en muchos casos la vida, lograron introducir en la Colonia los libros prohibidos de los enciclopedistas. Pero lo que deliberada o inconscientemente hicieron los historiadores del siglo XIX fue destacar las semejanzas entre los principios de la Ilustración y aquellos de los que partió la acción de los insurgentes; en cambio, callaron las diferencias, que evidentemente hubo.

De hecho en una fecha relativamente reciente, aún se creía que la Ilustración —nacida de la filosofía moderna anglofrancesa— era un fenómeno europeo y que de Europa había pasado a las colonias americanas, fueran éstas inglesas o españolas. Pero hace unos cuantos años que la historia reaccionó “en contra de esta concepción, dándose y dando cuenta de las diferencias, nada inesenciales, de la ‘Ilustración’ entre los distintos países de Europa”. Así, la Ilustración alemana habría estado animada por un doble espíritu, religioso y germánico, radicalmente diverso del racionalismo antirreligioso y del cosmopolitismo del modelo anglofrancés. A partir de este hecho, lo natural fue replantear la cuestión de la Ilustración en otros países europeos, con lo cual se advirtió de inmediato las diferencias. De ahí que, para José Gaos, la conclusión imperativa fuera revisar la historia del siglo XVIII, puesto que el distinto desarrollo cultural de las colonias parece haber repercutido “en el carácter y aun en la existencia de la Ilustración en ellas”.³

² Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

³ José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1980, p. 33.

Aunque desde luego, llevada al extremo (cosa que Gaos nunca hizo) esta concepción niega que pueda hablarse de Ilustración en singular y propone usar para cada uno de los movimientos europeos la palabra vernácula que lo designa; puesto que las *Lumières* francesas, el *Enlightenment* inglés, la *Aufklärung* alemana y el *Illuminismo* italiano no son términos equivalentes y no debe intentarse siquiera la traducción, ya que cada uno expresa el matiz especial que el movimiento tomó en cada país. Pero como ya dije, ésta es una posición extrema —reacción natural ante la primera, que también era extrema— y de ella sólo debe retenerse la idea de que la Ilustración fue el movimiento múltiple que, a partir de sus dos grandes focos, Inglaterra y Francia, se extendió al resto de Europa y tomó diferentes características en cada uno de los pueblos que la aceptaron.

Pero si las diferencias y los matices han sido difíciles de encontrar y caracterizar, el común denominador, en cambio, fue evidente desde el principio, y este es el que debemos definir ahora. A partir del siglo XVII una nueva ciencia y una nueva filosofía habían ido ganando terreno. Por una parte, el empirismo científico, representado por Newton y basado en la experimentación y la observación, logró formular las leyes que rigen la naturaleza. Y por la otra, Descartes afirmó que la razón del hombre era capaz de encontrar la explicación, lógicamente rigurosa, de fenómenos hasta entonces considerados como misterios. También se avienen entre sí este empirismo y este racionalismo que, según Turgot, Newton no hizo más que describir el mundo que Descartes había descubierto. A estos dos elementos se unió un tercero, el relativismo surgido de un conocimiento cada vez mayor de la tierra y de sus habitantes. En un momento dado, estas tres tendencias se conjugaron para llevar al hombre hacia una concepción del mundo en la que el centro no es ya Dios, sino el hombre mismo.⁴ Fue como si de

⁴ Esta breve caracterización de la época de la Ilustración se basa en Jean Deprun. "Filosofía y problemática de las Luces", en Yvon Belaval, *Racionalismo, empirismo, Ilustración*, t. 6 de la *Historia de la filosofía*, México, Siglo XXI Editores, 1976, p. 281-312; como también en Olwen Hufton, *Europa: privilegio y protesta, 1730-1789*, México, Siglo XXI Editores, 1983, en especial el cap. "El mundo de las ideas", p. 71-97.

pronto, el cristiano, que hasta entonces se había considerado como un peregrino en la tierra, hubiera decidido que, aunque por pocos años, ésta era su casa y debía hacerla lo más habitable posible. La pasajera felicidad terrena sustituyó a la felicidad eterna, y si ésta se basaba en la fe en Dios, aquélla se apoyaba en una ciega fe en la razón. Tanta es la confianza que se tiene en ella que se piensa que bastará con dejarla en libertad para que todos los problemas queden solucionados de inmediato; convicción a la que se une otra, con mayor carga sentimental, en la cual se sostiene que una vez que la humanidad se libre de los errores y prejuicios que la han aherrojado, reinarán la bondad, la paz y la justicia. Como se ve, en ambos casos se insiste en la libertad o, como diría el mayor de los epígonos de la Ilustración, Kant, ésta se identifica con la época en la que el hombre europeo llegó a la mayoría de edad y desechó todos los soportes que hasta entonces había utilizado, porque no se había atrevido a hacer uso de su razón. “*Sapere aude*, ¡atrévete a saber! ¡Ten el valor de usar tu propia inteligencia! He aquí la divisa de las Luces”.⁵

Pero si el hombre llegó a una mayoría de edad, es decir, a una emancipación, ¿de quién o de qué se emancipó? A pesar de que esta brusca liberación lanzó al espíritu humano por los caminos más disímolos y en la llamada Ilustración convivieron deísmo y ateísmo, moralismo e immoralismo, empirismo escéptico y sistema de la naturaleza, realismo, idealismo e incluso materialismo, exigencias de libertad y la doctrina del despotismo ilustrado, el afán de mejorar a los hombres y la desconfianza total ante el “populacho”; a pesar del desconcierto que todo esto puede producir, es evidente que la autoridad que debía desaparecer era la Iglesia, en especial en su forma católica, y también el Estado monárquico. Y aquí surge la primera de las paradojas de este momento de la Ilustración, porque si bien la Iglesia se sintió atacada desde el inicio y condenó la obra de los enciclopedistas, las clases privilegiadas de Europa acogieron el movimiento con tanto entusiasmo que puede decirse que nadie —ni rey ni burgués— podía llamarse hombre de su época si no era un ilustrado. Para entender este

⁵ Immanuel Kant, “Was ist Aufklärung?”, en *Opera* (ed. Cassirer), t. IV, p. 169.

entusiasmo es necesario recordar que la Ilustración se caracterizó por un afán de bienestar terreno que implicaba naturalmente acabar para siempre con el hambre, la pobreza, la enfermedad y la ignorancia. Así, ¿quién que no fuera un hombre de mala fe o un deficiente mental podía oponerse a tan deseables fines? En consecuencia se hizo de buen tono ser ilustrado y el máspreciado adorno del salón de una dama era la persona de un filósofo “doméstico”. Y esto a tal grado, que muy pronto los propios reyes adoptaron esta moda, y si Federico II de Prusia pudo mantener en su corte a Voltaire, en la apartada Rusia, Catalina II tuvo que conformarse con mantener correspondencia continua con D’Alambert, Voltaire y Diderot, y con una corta estancia de este último, quizá porque la aventura sueca de Descartes estaba aún en la memoria de todos. De hecho, a partir de 1730, cuando la Ilustración sentó sus reales en la capital del “Rey cristianísimo” de Francia, no hubo ya obstáculo civil que detuviera su marcha y una ciudad tras otra cayeron bajo su influencia. Si Londres y París eran ya bastiones del movimiento, Edimburgo, Amsterdam, Berlín, Weimar, Ginebra, Viena, Milán, Florencia y aun el lejano San Petersburgo no tardaron en aceptar y promover el “espíritu de las Luces”, identificado ya para entonces con el “espíritu del siglo”.

Además, debe tenerse en cuenta que si bien la Ilustración ponía en tela de juicio el derecho divino de los reyes, también propugnó el despotismo ilustrado al considerar que el rey —asesorado por un grupo de ministros conocedores de la situación— era el único capaz de promover el bien común, ya que las masas, por la situación de opresión y de miseria en que habían vivido por tantos siglos, no podían producir aún buenos ciudadanos. Se dio, pues, a la función real una dimensión hasta entonces desconocida. El rey, convertido en primer servidor del Estado, reunió en sus manos las leyes, la economía, las obras sociales, la salvaguarda de la libertad política y la felicidad de los individuos. Programa tan atrayente, sin lugar a dudas, que aun los Borbones españoles quisieron tener parte en él. De modo que Carlos III y sus ministros y consejeros —Esquilache, Grimaldi, Campomanes, Aranda y Florida-Blanca— se lanzaron a la casi imposible tarea de crear en el

pueblo español un “espíritu general de Ilustración” para “dar entrada a la luz en sus dominios”⁶ o, lo que es lo mismo, modernizar España. Modernización que había de ir desde el recorte de las capas y sombreros hasta la transformación del alma de siervo del español en ciudadano. Es probable que muchas de las reformas así emprendidas hayan sido contrarias a los intereses verdaderos de sus promotores, pues de hecho no es posible que a hombres convencidos de las prerrogativas reales y dispuestos a montar “un sistema policial rígido y eficaz” en contra de cualquier insurrección, les interesara formar ciudadanos conscientes y responsables. Pero una vez comprometidos con la empresa ilustrada, el rey y sus hombres no tuvieron más remedio que reformar las leyes y difundir la educación.

No nos adelantemos, sin embargo, y volvamos a los postulados básicos de la Ilustración. El primero de ellos era la reforma económica, ya que cualquier felicidad terrena que el hombre pudiera alcanzar tendría que basarse en la riqueza, que se identificaba con los recursos naturales. Por ello, de acuerdo con los llamados “fisiócratas”, existe un “orden natural” en los fenómenos económicos, y lo que se quiere es, por tanto, encontrar las leyes de tal orden y la forma de que se realicen. Las instituciones creadas por el hombre hasta ese momento, lejos de propugnar este orden, lo habían venido alterando, por lo que era urgente y necesario abolir todo sistema de preferencia o de restricción, pues sólo así podría establecerse por sí mismo “el sistema simple de la libertad natural”. En tal sistema iba, desde luego, implícita la libertad absoluta del sujeto económico, puesto que el egoísmo natural de cada individuo, que lo lleva a desear lo mejor para sí mismo, lo hace actuar a la vez de tal modo que no sólo logra su propio beneficio, sino también el bien colectivo. Pero como para los fisiócratas la riqueza se identificaba principalmente con la agricultura, lo más urgente era lograr mejores cosechas y para ello se pensó en fomentar nuevos cultivos que se adaptaran a la variedad de climas y regiones; además se abrieron canales y se desecaron pantanos. El siguiente paso fue, como era natural,

⁶ Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 169.

promover el comercio mediante la apertura de caminos y la fundación de bancos y casas de bolsa, junto con departamentos de industria y comercio.

Ahora bien, si la finalidad era el enriquecimiento de la sociedad mediante el trabajo de todos sus componentes, también resultaba necesario que cada uno de ellos tuviera la educación adecuada para cumplir de la mejor manera posible su cometido. Uno de los temas más frecuentes de la Ilustración es la "cultura", y es innegable la labor que aquélla realizó a través de la fundación de nuevas universidades, academias y museos, y de la reforma de la instrucción. Pero, por lo que respecta al pueblo mismo, creador en última instancia de la riqueza ambicionada, la actitud de los ilustrados es, por así decirlo, menos ambigua. Para los *philosophes*, todos los hombres son iguales porque poseen razón y, en consecuencia, todos deben gozar de libertad de conciencia, de libertad frente a la opresión, la explotación y la ignorancia. Hubo aun ilustrados para quienes el único límite de la libertad individual debía ser la libertad del otro. Así, la sociedad que tenían como meta era aquella en la que cada hombre, consciente de su dignidad natural, era a la vez súbdito y autoridad. (¿Será necesario hacer resaltar el peligro que esto supone para cualquier poder absoluto?) Pero, para estos hombres, fruto ellos mismos de una sociedad clasista, era evidente que las masas no estaban aún capacitadas para tomar el lugar que debía corresponderles en la sociedad. El pueblo, sometido por siglos a la opresión, la superstición y la ignorancia, no podía ser llevado de pronto a ejercer la soberanía popular. Se imponía, pues, una educación gradual y, mientras tanto, el poder debía seguir en manos del monarca y de la *élite* ilustrada. En todo, y en la educación, desde luego, las masas nada tenían qué decir, puesto que eran incapaces de reconocer su propio bien. De modo que se les decretó una educación que no era una vía de acceso a un *status* más elevado, sino simplemente el medio para que realizaran su trabajo de la mejor manera posible. Se exaltó, pues, el trabajo manual, las llamadas artes mecánicas y útiles, considerando que para la mayor parte de los artesanos y campesinos aprender a leer era algo inútil que sólo los llevaría a distraerse, cuando lo que se pretendía era que conocieran bien su labor y,

libres de la opresión de los gremios, encajaron en el orden natural. Así, los derechos efectivos que los ilustrados reconocieron finalmente a las masas fueron el derecho al trabajo, a una justicia imparcial y a un sistema equitativo de tributación.

Por su carácter mismo, la Ilustración pasó de largo junto al pueblo, fue acogida con gran beneplácito por burgueses y nobles, y encontró sólo un formidable enemigo, la Iglesia católica, que se supo atacada por aquélla desde el primer momento, tanto institucional como dogmáticamente. Ni siquiera es necesario acudir a los ejemplos extremos de Voltaire y su famosa frase: *il faut écraser l'infame*, o del barón D'Holbach, "enemigo personal del Todopoderoso", para darnos cuenta del marcado sesgo irreligioso y aun blasfemo de la Ilustración francesa, que redujo la teología cristiana a un mero pasaje de la historia del hombre. Los llamados *esprits forts* eran precisamente quienes habían roto todo lazo con la religión de sus antepasados y tenían por galardón la incredulidad en materia religiosa. En consecuencia, la Iglesia repelió el ataque y aun en Francia —donde la Ilustración había llegado a un equilibrio casi perfecto con las instituciones— hubo momentos en que la presión de ésta sobre el gobierno llevó a éste a quemar públicamente algunos panfletos, en tanto que las autoridades eclesiásticas excomulgaban a los enciclopedistas y sus obras pasaban a engrosar el *Indice*.

Como era de esperarse, la mayor resistencia al movimiento fue la que presentó la península ibérica, pues en ella existía una triple y firme barrera casi imposible de salvar: "los dogmas de la Iglesia católica, la filosofía escolástica a ellos ligada y la fidelidad política a las monarquías ibéricas".⁷ Así, a pesar de que según Sarrailh, "el derecho a pensar libremente y de no sacar las opiniones sino de la razón se detiene, para casi todos los ilustrados españoles en el reino de la fe",⁸ la Inquisición no estuvo dispuesta a correr riesgos y lanzó su ataque frontal contra todos los "espíritus fuertes", prohibiendo bajo pena de excomunión la lectura de las "doctrinas escandalosas" y apos-

⁷ Juan Carlos Chiaramonte, "Prólogo" al *Pensamiento de la Ilustración*, Calacas, Biblioteca Ayacucho (51), 1979, p. XIV.

⁸ Sarrailh, *op. cit.*, p. 710.

trofando a los “volteristas” y “rusistas” como “impíos”, “ateístas”, “libertinos” y “disolutos”.

Pero en este tejido de paradojas que es el siglo XVIII, aparece una más. Ya sea por defender la ortodoxia católica frente a la demoledora crítica a la superstición y al fanatismo, o sea porque se haya visto la justicia de muchos de los postulados ilustrados, lo cierto es que fueron algunos sacerdotes los que introdujeron el modernismo y la crítica ilustrada en su país. Así, la Sociedad de Jesús, que por entonces tenía el monopolio de la educación superior tanto en España como en sus colonias, a partir de la XV Congregación de la orden (Roma, 1706) inició el estudio de Descartes; aunque fuera un “Descartes puramente científico —expurgado de sus heréticas proposiciones metafísicas”,⁹ pero que en todo caso significaba un deseo de tener acceso a la modernidad. Como lo representa también el hecho de que en 1748 se celebrara en el Seminario de Nobles de Madrid un certamen matemático, hecho que, dada la rigurosa uniformidad de la enseñanza jesuita, se repitió poco después en Barcelona.¹⁰

Pero si los jesuitas se sintieron atraídos por la ciencia moderna, cabe dar al benedictino fray Benito Jerónimo Feijoo el título de antecesor de la Ilustración en España. Se trató, no cabe duda alguna, de un intento enteramente ortodoxo. Feijoo enderezó sus ataques en contra de la superstición, la excesiva credulidad y el fanatismo. Su meta era volver a un “cristianismo interior, desnudo, exigente y excitador del alma aletargada en una niebla de prácticas mecánicas y sin fuego”.¹¹ Pero lo hizo de tal modo que estimuló a otros a una crítica de las costumbres y allanó el camino a muchas ideas ilustradas. Entre otros, debe mencionarse al jesuita José Francisco de Isla, cuya novela, *Fray Gerundio*, fustiga el amor de muchos religiosos por el dinero. Por ello, según José Luis Romero, la fórmula española del pensamiento ilustrado puso precisamente el acento en el terreno de las costumbres y las creencias, como también en las cuestiones económicas, en tanto que en ella “entraba en muy pequeña escala la especulación política y no alcanzaban mayor

⁹ Chiaramonte, *op. cit.*, p. XV.

¹⁰ Sarrailh, *op. cit.*, p. 196-197.

¹¹ *Ibid.*

significación las reflexiones religiosas, ni aun las filosóficas por lo que tenían de vecinas de aquellas".¹²

Tampoco debe olvidarse la labor de los "impíos" ministros de Carlos III y de las llamadas precisamente "Sociedades económicas de amigos del país". En consecuencia puede decirse que —si bien con características muy distintas a las de la Ilustración inglesa o francesa— en España hubo, durante la segunda mitad del siglo XVIII, una minoría selecta formada por hombres que "ni ciegos ni fanáticos", con un sano temor a los excesos y mucha burla sobre quienes "copian como monos lo extranjero", leyeron a los enciclopedistas y a los fisiócratas y de ellos tomaron lo que les pareció más necesario: la libertad económica, el mejor reparto de la tierra, la libertad de trabajo frente al despotismo de los gremios, la dignidad que le es inherente y la vergüenza que significa la mendicidad, sin olvidar la reforma educativa y moral que debía poner a España a la altura de las demás naciones europeas, pero sin que nada de esto llevara a la pérdida de sus tradiciones propias.¹³ Así, aunque no fuera ésta la intención de los "disolutos" e "impíos" ilustrados que se habían apoderado del gobierno, surgió en España un eclecticismo conocido bajo el término contradictorio de "Ilustración católica". Se trata de una corriente espiritual que se "abre entusiastamente a la seducción del 'espíritu del siglo', pero [que], al mismo tiempo, salvaguarda y reafirma su adhesión a los dogmas de la Iglesia o su fidelidad a la doctrina del origen divino del poder real".¹⁴

En una manera muy natural, esta fórmula pasó de España a sus colonias americanas y, por ello, lejos de suponer una ruptura brusca entre una y otras, fue un cambio gradual, provocado en buena medida por los propios funcionarios españoles que "fueron los intermediarios por los que las nuevas corrientes de pensamiento de la época llegaron a las colonias y [fueron] también muchas veces los mejor informados, hasta ese momento, para exponerlas".¹⁵ Me parece necesario señalar aquí que las ideas y reformas de estos ilustrados

¹² José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, México, UNAM, 1981, p. 33.

¹³ Sarrailh, *op. cit.*, p. 121 y 150-151.

¹⁴ Chiaramonte, *op. cit.*, p. XVIII.

¹⁵ *Ibid.*, p. X.

caían en un terreno fértil, pues si en España la educación en los colegios jesuitas empezaba a ser blanco de feroces ataques, ya que no atendía “de ninguna manera a las realidades que preocupaban al rey y a sus ministros”,¹⁶ en las colonias, la educación proporcionada por la Compañía de Jesús gozaba de tan enorme prestigio que puede decirse que el común denominador de los hombres que aparecen como “ilustrados” en la historia de México es su estancia, mayor o menor, en el Colegio de San Ildefonso o en algún otro de los colegios mayores de provincia.¹⁷ Situación que, por lo demás, no era privativa de la Nueva España, pues como señala Picón Salas, “en la pequeña ciudad provincial hispanoamericana... es el colegio y el convento jesuita no sólo el mayor centro de luces, sino también la banca y el oculto foro donde se debaten muchos asuntos de política local”.¹⁸

Es, pues, un hecho, que las sociedades coloniales conocieron también una época de reformas. Se fundaron periódicos y universidades, se abrieron imprentas, academias y museos, escuelas de minas y de cirugía y el continente mismo fue objeto de investigación científica, la cual se llevó a cabo primero por el español Ulloa y después por la exploración del francés Condamine y otras. A imitación de la metrópoli, peninsulares y criollos organizaron “Sociedades de amigos del país” o se inscribieron en las españolas, a fin de fomentar entre la *élite* la conciencia de la necesidad de estimular el desarrollo de la agricultura, e inundaron el Consejo de Indias con sus escritos (llamados *Representaciones*) en los que un sector de la sociedad —comerciantes, mineros o labradores— criticaba los obstáculos a los que se enfrentaba y demandaba reformas.

*La Cofradía de vascos de
Nuestra Señora de Aranzazu y su Colegio*

Ahora debemos volver al problema inicial y preguntarnos si el grupo de vascos que fundó el Colegio de las Vizcainas

¹⁶ Sarrailh, *op. cit.*, p. 198.

¹⁷ Cf. Félix Osores, *Noticias bibliográficas de los alumnos distinguidos del Colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso de México*, tomos 19 y 21 de *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908.

¹⁸ Picón Salas, *op. cit.*, p. 179.

puede ser calificado de ilustrado. Desde luego, es fácil ver por qué los considera así la opinión común. Su época es la segunda mitad del siglo XVIII y es innegable que tanto individual como colectivamente estos vascos estuvieron presentes en muchas obras de beneficio público. También está el hecho de que fue el rey ilustrado, Carlos III, quien puso punto final al enojoso pleito. Pero, sobre todo, lo que llama más la atención es que tuvieron el arrojo de enfrentarse al poderoso arzobispo de México para fundar lo que se ha llamado “la primera escuela laica del continente”. Como se verá más adelante, en el capítulo “La situación jurídica del Colegio de las Vizcaínas”, se trató en efecto de una fundación “laica, secular y profana”,¹⁹ como se dice una y otra vez en los documentos; pero lo que debe tenerse siempre presente es que los términos usados no significaban entonces lo que han llegado a significar ahora. Se trata simplemente de una fundación hecha por “seglares que no tienen fuero eclesiástico”, aunque pertenezcan a una cofradía, y aun aquí habría que hacer la salvedad de que muchos de ellos eran sacerdotes. La clave está en que no pertenecían a la Cofradía de Nuestra Señora de Aranzazu por sí mismos, sino sólo en cuanto que eran “originarios y naturales de las cuatro provincias vascongadas y reino de Navarra”. Casi por demás está decir que la educación de las jóvenes en este Colegio era tan religiosa, si no más, que en cualquier convento.

Pero es también innegable que su actitud ante el arzobispo es sorprendente, tanto por la firmeza de la defensa de lo que consideraban sus derechos, como por sus alegatos, siempre prudentes y bien fundados. Lo que peleaban —dicho sea en términos actuales— era la autonomía del Colegio y una vez iniciada la acción, la prosiguieron hasta el fin con increíble terquedad, sin retroceder nunca, pero sin provocar tampoco enfrentamientos personales e inútiles. Todo esto es cierto, pero también lo es que su pensamiento y sus móviles últimos son difíciles de apresar, ya que se trata de hombres de pocas palabras y cuando las hubo éstas siempre fueron cautas.

Por lo pronto quizá deba adelantarse que, según Roberto Moreno, el periodo ilustrado de la Nueva España puede dividirse en tres etapas: *criolla* (1767-1788), *oficial* (1788-1803) y de

¹⁹ AHCv 6-IV-9

síntesis (1803-1821).²⁰ Y si recordamos que la idea de la fundación de las vizcaínas se remonta a 1732, es imposible que tenga influencia ilustrada alguna, ya que la fecha es demasiado temprana, pues en ese entonces en Europa la Ilustración estaba en sus inicios. Cuando mucho, puede suponerse en algunos de los cofrades —los criollos educados en los colegios jesuitas— un cierto conocimiento de la filosofía moderna representada por Descartes. Sin embargo, lo que ya aparece en estos primeros documentos son las dos puntas de un ovillo que habrá que desenredar. Llama la atención, desde luego, que los cofrades hablen de “casa” o “colegio” como si fueran sinónimos y, sobre todo, que se hable de “recogimiento”, sin mencionar propósito educativo alguno; pero esto se explica, porque como se verá en el siguiente capítulo, la educación femenina era asunto familiar, por así decirlo, y no era necesario entrar en detalles. El otro punto importante es que desde el principio se pensó en San Ignacio de Loyola, “Atlante y fundador de la sagrada Compañía de Jesús”,²¹ como protector de la nueva institución. Cosa muy natural, se dirá, en un grupo de vascos, pero no tanto si se considera que era una casa destinada a mujeres y que estas instituciones llevaban por lo general el nombre de una advocación mariana o de alguna santa. Las siguientes noticias que tenemos sobre el Colegio —la petición del terreno al Ayuntamiento²² y las notas aparecidas en la *Gaceta*²³ sobre la medición del sitio y más adelante sobre la bendición de la primera piedra— acentúan el carácter de obra social, sin mayores visos pedagógicos, del proyecto vizcaíno, ya que, aparte del “servicio de ambas majestades”, sólo se menciona el deseo de remediar “la urgentísima y casi extrema necesidad” a que llegan muchas doncellas y viudas, lo que acarrea una relajación total de costumbres. Aún se destaca, pues, la idea de “recogimiento” y aunque en los años siguientes aparezcan ya documentos en que se mencionan fines educa-

²⁰ Roberto Moreno, “Apuntes biográficos de Joaquín Velázquez de León 1732-1786”, *Historia Mexicana*, vol. XXV: 1 (jul.-sept.), 1975, p. 43.

²¹ Enrique de Olavarria y Ferrari, *El Real Colegio de San Ignacio de Loyola*. México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1889, Documento 1, p. 3.

²² *Ibid.*, Documento 2, p. 5.

²³ *Gaceta de México* desde primero hasta fin de marzo de 1734 y desde primero hasta fin de julio de 1734.

tivos propiamente dichos —¡algunos con respecto a las viudas!—, en otros muchos nada se dice de ellos, de modo que es difícil si no imposible ver influencia ilustrada alguna.

En cambio, lo que es digno de destacar y de retener acerca de la actitud de los vascos en estos primeros años es su decidida filiación ignaciana, manifiesta en la lámina de plata enterrada junto a la primera piedra, la cual comienza con el lema de la Compañía: AMDG (*Ad maiorem Dei gloriam*).

Como sabemos, tras estos prometedores principios, la Cofradía de Nuestra Señora de Aranzazu encontró contradicciones y tropiezos sin cuento que generaron un enorme papeleo entre los actores del pleito: la Mesa de la Cofradía, el arzobispo de México y sus asesores, el virrey, los párrocos de la Santa Veracruz, la Real Congregación de San Ignacio de Madrid, la Secretaría de Cámara, el Consejo de Indias y la Santa Sede. Entre todos estos papeles, los de la Mesa se distinguen por una firme convicción religiosa y una decisión inalterable de defender los derechos que la asisten en sus peticiones. Sin flaquear nunca, los vascos sorprenden al lector moderno por su uso exhaustivo de amplios conocimientos de derecho canónico. Es decir, tales conocimientos resultan sorprendentes si pensamos en ellos como un grupo de comerciantes y mineros, pero no si recordamos que eran muchos los sacerdotes incluidos en el grupo. Entre ellos, quien era rector al iniciarse el proyecto —el presbítero y catedrático de vísperas de sagrada teología, el notabilísimo don Juan José de Eguiara y Eguren— y también quien lo vio terminado —el presbítero don José de Guraya, que pasó a ser el primer capellán de Vizcaínas. Es difícil y quizá también inútil intentar sacar el porcentaje de clérigos dentro de la Cofradía, lo importante es tener en cuenta que los había, pues esto explica la habilidad con que la Mesa se defendió de todos los cargos y salió al paso de las objeciones.

Por lo que se refiere a sus propósitos, en cambio, la Mesa sigue siendo parca en sus declaraciones. A tal grado, que parece haber sido difícil distinguir tales propósitos de los de otros muchos establecimientos ya existentes. Tal es lo que se concluye —si hacemos a un lado su evidente enojo— de la airada carta que el párroco de la Santa Veracruz, don José Tirso Díaz, dirigió al arzobispo Rubio y Salinas:

si dicen [los cofrades] que la utilidad... que experimentarán las colegiales de este Colegio ha de ser mayor que la que se logra en las demás clausuras: tiene lugar; y se ofrece luego otra pregunta, ¿cómo se entiende o se ha de entender esta utilidad?, ¿es acaso porque tendrán más oportunidad y ocasión de darse a la virtud? No puede ser y el pensarlo sería hacer mucho agravio a los conventos de religiosas, donde las recogidas en ellos tienen un ejemplo y estímulo grande para el adelantamiento en la virtud... Tampoco será porque en dicho Colegio se logren particularmente aquellas habilidades e ingenios que conduzcan a la *más propia educación de una mujer* con más ventaja que en otros, pues esto es notoriamente falso... Lo de especialísimos fines es lo que ignoro qué quiere decir, porque lo mismo y tal vez con ventaja tienen todos los conventos y otros lugares de recogimiento de doncellas que hay en esta ciudad...

En resumen, es una institución igual, si no inferior, a las otras, pues, para terminar, el indignado cura advierte que en vez de religiosas, las maestras de las niñas serán mujeres del común, que poco sabrán, pues "baste decir que las que vayan al Colegio de Vizcaínas sabrán para sí y *para enseñar*, lo que en el referido Colegio I de Belem hayan aprendido".²⁴ Lo que revela también que la opinión que el padre Tirso tenía del modelo elegido por los cofrades no era muy buena.

A pesar de ello, es innegable que los documentos procedentes de la etapa de construcción (1734-1752) van insistiendo cada vez más en el aspecto educativo de la obra. Entre dichos documentos figuran en primerísimo lugar las *Constituciones del Colegio de San Ignacio de Loyola de México*, redactadas por el ilustre jurista Francisco Javier Gamboa, miembro de la Cofradía, quien debe haberlas terminado antes de 1753, ya que la aprobación de Fernando VI es de ese año. En ellas, vuelve a aparecer el apego a la tradición jesuita no sólo porque su portada sea un magnífico grabado del santo, sino también porque la primera constitución es un elogio del "íncito héroe" a quien, "como guipuzcoano", está dedicado el Colegio, que debe ser un medio para promover "la mayor gloria de Dios... que es el único fin a que se ha aspirado por los fundadores".²⁵

²⁴ AHCv 6-IV-9: Carta del 27 de octubre de 1754.

²⁵ Olavarria y Ferrari, *op. cit.*, Documento 7, p. 57.

A esto debe agregarse que la constitución XXIV ordena que las colegialas hagan una o dos veces al año los ejercicios de San Ignacio en las capillas destinadas para ello.

Con todo, y a pesar de lo temprano de su fecha, podría verse también en estas *Constituciones* como una tímida apertura las ideas ilustradas cuando en la número XIX se asienta que entre los deberes de las “primeras de vivienda” estará el que las “niñas aprendan todas la labor, bordado y demás habilidades propias de mujeres nobles y honestas, sin desdeñarse de las operaciones humildes y caseras”.²⁶ Lo cual estaría de acuerdo con el principio ilustrado de acabar con el ocio y las limosnas y promover en cambio el trabajo y la dignidad del individuo, aunque no lo estaría desde luego con la libertad que se exige para el trabajador. Sin embargo, una rápida ojeada a las *Constituciones del Colegio de Nuestra Señora de la Caridad* (fundado en el siglo XVI, aunque estas *Constituciones* fueron redactadas en 1693) hace ver que también allí se da una gran importancia a la costura, si bien —a diferencia de Vizcaínas— las colegialas no deberían hacer “obra para sí”,²⁷ sino sólo para la comunidad. Y quizá el hecho de que las colegialas de Vizcaínas deban aprovechar el “precio de su trabajo”, muestra más que el hincapié en el trabajo mismo una apertura al espíritu del siglo.

Como ya se mencionó, la actitud del arzobispo Rubio y Salinas complicó a la Mesa en un larguísimo pleito en el que, desde sus inicios, pidieron y obtuvieron ayuda de la Real Congregación de San Ignacio de Madrid, que reunía para ello dos condiciones importantísimas: estaba formada por vascos y la Cofradía novohispana había quedado agregada a ella desde 1729. Durante los largos años que duraron los trámites ante la corte y la Santa Sede, el propósito educativo del Colegio fue haciéndose cada vez más evidente, hasta que, pocos meses antes de la aprobación definitiva de las *Constituciones*, don Domingo de Marcoleta, prefecto de la Congregación de San Ignacio, anuncia que —a ejemplo de los vascos de México—

²⁶ *Ibid.*, p. 66.

²⁷ AGN: ramo colegios, t. II, exp. 2, *Constituciones del Colegio de Nuestra Señora de la Caridad*.

los congregantes de Madrid van a “dar principio a la obra que tenemos proyectada de iglesia y colegio para la educación de los niños del país que pueden conducirse aquí”.²⁸ Y, apenas un mes después, asegura que “ha de ser esta fundación la emulación y envidia de todas las naciones y ojalá sirviera de estímulo para que pensara cada una de por sí en promover obras públicas que contribuyesen al bien y utilidad del prójimo”.²⁹ Frases, estas últimas, que denotan ya una clara influencia de la Ilustración, cuando menos en España.

Pero, como viene siendo usual, se nos presenta ahora una nueva paradoja. Pues este Colegio, aprobado finalmente por un rey “ilustrado”, estaba bajo el amparo, tanto en “la conservación temporal [como en los] asuntos espirituales”, del fundador de la Sociedad de Jesús. Y si nos fijamos bien, la aprobación real tiene fecha de 17 de julio de 1766, es decir, apenas cuatro meses después del sonado motín de Esquilache que daría pie a Campomanes para redactar su *Dictamen fiscal contra los jesuitas* (fechado el 31 de diciembre de 1766) que decidió la suerte de la Compañía en España y sus colonias, pues “a sus peticiones radicales se acoplaron como marionetas tanto los componentes del consejo extraordinario como el propio rey”.³⁰

Ahora bien, si ya era paradójico que el rey ilustrado expulsara “a nombre de la cultura y de las Luces”, según dice Menéndez Pelayo, a quienes fueron los introductores de la filosofía moderna, como lo era también la aprobación de un Colegio de decidido espíritu ignaciano cuando ya se preparaba el golpe contra la Compañía, la actitud de los vascos de la Nueva España frente al extrañamiento es desconcertante, por decir lo menos.

Como es bien sabido, la expulsión de los jesuitas se ordenó mediante un pliego reservado, dirigido a los jueces reales ordinarios de todas las poblaciones en que hubiera casas de la Compañía. Pliego que debía abrirse el 2 de abril de 1767.

²⁸ AHCv 6-IV-10: Carta del 20 de febrero de 1766.

²⁹ *Ibid.*: Carta del 23 de marzo de 1768.

³⁰ Pedro Rodríguez de Campomanes, *Dictamen fiscal de expulsión de los jesuitas de España (1766-67)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977, p. 8

En la Nueva España se cumplió la orden de extrañamiento casi tres meses después (la noche del 24 al 25 de junio) y hasta ese momento sólo el visitador general, don José de Gálvez, el virrey, marqués de Croix, y el sobrino de éste, don Teodoro de Croix, sabían del asunto. La conmoción fue tal que el virrey expidió el mismo día 25 el bando que termina con las famosas palabras: “de una vez, para lo venidero, deben saber los súbditos del gran monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del gobierno”,³¹ palabras en las que es fácil ver mucho de despotismo, aunque nada de ilustrado.

El golpe fue de consecuencias terribles, ya que —como afirma Brading— “toda una generación de intelectuales fue enviada al exilio”,³² entre ellos más de cuatrocientos jesuitas criollos, hombres como Alegre, Guevara, Cavo y Clavijero. Para el grupo vasco la herida debe de haber sido triple, pues los jesuitas no sólo habían sido maestros de muchos de ellos —el ya fallecido Eguira y Eguren, Portu, Gamboa, Uribe y los Castañiza, los Fagoaga y los Arozqueta—, estaban emparentados con muchos —el segundo hijo del marqués de Castañiza, José María, estaba entre los expulsos—, sino que en su momento de mayor apuro, cuando el asunto de la fundación de las Vizcaínas, parecía estancarse indefinidamente, contaron con el apoyo y el consejo de algunos miembros de la Compañía, el provincial entre ellos, como se verá en el capítulo siguiente.

En un caso notable, el de Francisco Javier Gamboa, se agregó la ofensa personal, ya que Gálvez —que había tenido enfrentamientos previos con el jurista— le encargó leer el Decreto en San Ildefonso donde se había educado. Se dice que a Gamboa se le quebró la voz y tuvo que ser el rector del Colegio el que leyera la sentencia.³³ Desde luego, Gamboa nunca ocultó sus simpatías y a nadie podía caber duda alguna de su apego a sus antiguos maestros.

³¹ AGN: ramo bandos, t. VI.

³² D. A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 49.

³³ Gerard Decorme, S.J., *La obra de los jesuitas mexicanos*, 2 vols., México, Porrúa e Hijos, 1941, t. I, p. 447.

Pues bien, si tenemos en cuenta que el *Dictamen fiscal* de Campomanes dice en su última parte “que se prohíba por bando que nadie mantenga correspondencia con los jesuitas, escriba apologías a su favor ni tome su voz en manera alguna, pena de ser tratados como reos de lesa majestad”,³⁴ debemos preguntarnos cuál fue la actitud de la Cofradía de Aranzazu ante la expulsión.

No he encontrado en el Archivo de Vizcaínas documento alguno que la explique. Lo que no es de extrañar, pues bastó el rumor que asoció el nombre de Francisco Javier Gamboa con la llamada “Antipastoral”, panfleto favorable a los jesuitas en respuesta a la *Pastoral* del arzobispo Lorenzana, para que fuera expulsado de la Nueva España, aunque se disfrazara el exilio con un puesto en la audiencia de Barcelona.³⁵

Con su característica prudencia, los cofrades siguieron adelante con su proyecto, sin cambiar, como es evidente, el patrono del Colegio. Y así, menos de tres meses después del decreto y cuando eran aún muchos los jesuitas prisioneros que esperaban el momento de embarcarse, las autoridades de la Nueva España (sin el virrey que, aunque invitado, no asistió), pasaron bajo la gran puerta protegida por el santo guipuzcoano para inaugurar el Colegio, mientras unos pasos más allá otro santo jesuita Francisco Javier custodiaba la puerta de la casa de los capellanes. Después de la bendición, el arzobispo dijo misa ante el altar dedicado, como era natural, a San Ignacio. Esto nada o muy poco tiene de sorprendente, puesto que el patrono se había elegido muchos años atrás y el rey había aprobado las *Constituciones* sin poner reparo. Lo asombroso viene después. Recordemos que la corte española, no contenta con la expulsión, se unió a las cortes de París y Nápoles para exigir del papa Clemente XIII la extinción de la Sociedad de Jesús en todo el mundo. Tras años de lucha y con el ascenso de un nuevo pontífice a la silla de San Pedro, los reyes quedaron finalmente satisfechos cuando el 21 de julio de 1773, Clemente XIV publicó el breve *Dominus ac Redemptor*, por el cual decretaba la supresión total de los jesuitas.

³⁴ Campomanes, *op. cit.*, p. 191.

³⁵ Brading, *op. cit.*, p. 65. Según Beristáin, Gamboa es autor de un escrito: *Alegaciones en el pleito de la Compañía de Jesús con Rada*.

Fueron seis años de lucha, durante los cuales los cofrades de Aranzazu se entregaron a la al parecer pacífica ocupación de adornar la iglesia de su recién inaugurado Colegio. Sin embargo, como dice el refrán, “las apariencias engañan”, ya que para decorar el púlpito mandaron hacer en 1768 un “retablito de San Javier”, el primer misionero jesuita. Para apreciar lo que esto significaba en ese momento debe señalarse que el visitador Gálvez no se dormía y que había enviado un informe reservado a Carlos III acerca del efecto producido por la expulsión de los jesuitas entre los ministros de la audiencia, lo que llevó al exilio a varios de ellos.³⁶ Como también debe señalarse que el propio Carlos III prohibió por esos años a la duquesa de Villahermosa cumplir con su promesa de llevar hábito de San Francisco Javier, “por serle sospechosa esta devoción a un santo jesuita”.³⁷

Pero el atrevimiento de los vascos no paró ahí. A mediados de 1771, se iniciaron las obras para abrir una puerta de la capilla a la calle. Esta portada quedó coronada por tres nichos ocupados por San Luis Gonzaga, San Ignacio y San Estanislao de Kostka. Se trata pues de una trilogía jesuita y es fácil ver que —en caso de que hubiera una reclamación— los cofrades tenían la respuesta y la excusa a la mano. San Ignacio era el patrón del Colegio, y San Luis y San Estanislao, muertos ambos muy jóvenes y canonizados juntos en 1726, había sido declarados patronos de la juventud, de modo que ¿qué mejor elección podía haber para un colegio? (Me pregunto de nuevo ¿por qué esta ausencia de santas?)

Un año después, ya terminada la puerta, se ordenaron los altares colaterales, y como casi era ya de esperarse, uno de ellos se dedicó a San Francisco Javier, acompañado de nuevo por San Luis Gonzaga, a quien se agregó otro santo más, San Juan Nepomuceno. No es este un santo jesuita, pero la devoción que

³⁶ Luis Navarro García, “El marqués de Croix (1766-1771)”, *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos III*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1967, t. I, p. 304.

³⁷ Luis Coloma S.J., *Retratos de antaño*, México, Ediciones Orbis, 1945, p. 31 y 224. El padre Coloma añade en esta última página: “Pombel fue más precavido, mandando borrar a tiempo del calendario a San Francisco Javier y a San Ignacio de Loyola”.

se le tributaba sí lo era, como lo muestra el haber sido canonizado el mismo año que los otros dos santos jóvenes, y el haber sido declarado patrón del sigilo confesional, que era, desde luego, algo importantísimo para una orden conocida como promotora de la confesión frecuente y que proporcionaba confesores a los grandes de este mundo. Los otros altares colaterales se dedicaron a tres advocaciones marianas: Aranzazu, Guadalupe y Loreto.

La patrona de la Cofradía es el centro de un nuevo despliegue de santos jesuitas: San Francisco Javier, San Luis Gonzaga, San Estanislao, un santo mártir y dos más que no han sido aún identificados.

Del segundo retablo cabe decir que es la devoción mexicana por excelencia, mas no debe olvidarse el papel que la Compañía desempeñó en la expansión del culto guadalupano, al grado de que era característica de sus iglesias el altar dedicado a esta advocación. La Virgen de Loreto, a su vez, fue traída a la Nueva España en 1572 por los primeros jesuitas y su imagen o aun la réplica de la santa casa se encontraba también en todas las fundaciones de la Sociedad de Jesús.

Así, al terminarse tanto el edificio del Colegio como la iglesia, nos encontramos con una abierta declaración de que el espíritu que en él reina —espíritu que, según palabras de Olavarría y Ferrari, “el monarca se obligó... a no alterar en modo alguno”—³⁸ es plenamente ignaciano. Pues si por fuera los santos jesuitas guardan sus puertas, su quehacer está protegido también por ellos y las niñas deben seguir, en la medida de lo posible y mediante los ejercicios anuales, el camino trazado por San Ignacio, cuya fiesta se celebra como algo propio.

No contentos con mostrar así su rechazo a la política real, en 1793 (los jesuitas, refugiados en Prusia y Rusia, tendrían que esperar hasta 1814 para su restauración), cuando el legado del bachiller Zorrilla y la actividad de su albacea el canónigo Fernández Uribe permitieron extender la obra educativa de la Mesa a las clases menesterosas con la apertura de

³⁸ Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, p. 95.

las escuelas públicas, los vascos declararon a San Luis Gonzaga su patrón.

Es posible que en la actualidad, cuando la secularización cada vez mayor de la vida nos ha hecho olvidar la lectura iconográfica de retablos y portadas y desconocer lo que cada santo simboliza dentro del cristianismo, nos parezca que la protesta de los vascos usó un camino demasiado tortuoso y complicado para ser efectiva. Pero no hay tal. Porque en su momento, cuando la controversia en torno a la Compañía estaba en su punto más álgido, no había persona en la Nueva España, del virrey al último artesano, que no supiera qué santos estaban ahí y no barruntara el porqué.

Quizá no esté por demás decir que cuando al fin retornó la Compañía a México, don Juan José Gamboa, prebendado de la catedral e hijo del jurista, fue uno de los patrocinadores de su restablecimiento, junto con el obispo de Durango, Juan Francisco de Castañiza, cuyo hermano, José María, fue nombrado provincial de la orden.³⁹

Los vascos se muestran así, de principio a fin de su proyecto, como un grupo extraordinariamente congruente consigo mismo, dueño de una muy clara conciencia de su dignidad como seres humanos, dignidad a la que no están dispuestos a renunciar por ningún motivo. Si al principio se enfrentaron al arzobispo por la autonomía del Colegio, al final de su obra muestran con toda valentía a las autoridades reales que en cuestiones de conciencia cada hombre debe responder por sí mismo. En ambos casos es admirable la prudencia con la que proceden. Nunca una palabra o una actitud ya no violenta, o siquiera malsonante, en el litigio con la Mitra, ni una sola palabra en contra de la política real, sólo ese testimonio mudo y elocuente tallado en piedra y madera.

De hecho, el que el extrañamiento de la Sociedad de Jesús haya sido la causa de esta declaración abierta de que hay una fidelidad más allá y por encima de la que se debe al rey, casi no tiene importancia. Lo verdaderamente importante es, como ya dije, la actitud de quienes conocen sus derechos y están dispuestos a defenderlos.

³⁹ Brading, *op. cit.*, p. 177.

¿Son ilustrados? Si recordamos la periodización de Moreno, la respuesta, por lo que se refiere a la época de fundación del Colegio, debe ser negativa. Lo que no impide que en años posteriores hayan aceptado todas aquellas ideas y reformas que se avenían con sus intereses y preocupaciones. Así parece demostrarlo el hecho de que la ciudad de México contara con el mayor número de afiliados a la Sociedad Económica Vasca entre las ciudades de ultramar, a lo que se añade que si no se llegó a constituir una sociedad autónoma fue porque “ya existía con anterioridad la Real Congregación de Aranzazu”.⁴⁰

Es evidente, también, que conocieron el beneficio social de su obra y la obligación de todo hombre de ayudar al progreso de la sociedad, como se desprende de su alegato en el que advierten que si aceptaran rendir cuentas “sería mal ejemplo y aun pésimo desanimar a los legos a fundar”;⁴¹ y lo repite la carta de Marcoleta que desea que el Colegio sea “estímulo para... promover obras públicas que contribuyan al bien y utilidad del prójimo”.⁴²

Queda una pregunta aún: ¿por qué no se procedió en contra de la Mesa? La posible respuesta es doble y también paradójica. Quizá porque estos hombres, en su conjunto, eran demasiado poderosos en la Nueva España para no hacer temer una reacción (ya bastante había tenido Gálvez con las insurrecciones en el interior), pero por otra parte, y si no se les hacía crecer precisamente por las medidas que se tomaran en su contra, eran poca cosa para ser temidos dentro del enorme imperio español.

Nos legaron, pues, un Colegio —autónomo e ignaciano— que es testimonio de lo que puede alcanzar una conciencia radicalmente cristiana.

⁴⁰ Germán Cardozo Galué, *Michoacán en el siglo de las luces*, México, El Colegio de México, 1973, p. 42.

⁴¹ AHCv 6-IV-9.

⁴² AHCv 6-IV-10.